

del favorito, tomadas en momentos de lucimiento. ¡Como si no se supiera que tal argumento puede elegirse á gusto del consumidor y lo que para ser blanco, convertirse en verde si así conviniere!

Parece extraño que no mencionen al articulista, nada que directamente se relacione con la cuestión del día, con la cual no empezada y ya famosa competencia (?) del gran Joselito y el buen torero Belmonte, a unte que está tratando todo bicho viviente, desde los más autorizados críticos, hasta los espectadores del tendido de los sastres.

Además que indirectamente digo algo en lo que escrito queda, tengo la cualidad de no opinar hasta haber formado juicio del asunto opinable. A Belmonte no le he visto más que en su corrida de alternativa (única que ha trabajado en Madrid en lo que se refiere á corrida de toros) y sabido es la *chotada* que resultó la tal corrida. Como novillero, si he presenciado su actuación en cuantas ha tomado parte en la Corte, si bien tengo fidedignas referencias de lo que hasta ahora ha hecho en Barcelona y Valencia, y la verdad sea dicha, con tales elementos de juicio solo se me ocurre titular á la célebre competencia, del siguiente modo: «Competencia trágica».

Sabido es que los antiguos aficionados encuentran ahora todo mal, y que según dicen, en sus tiempos había que ver los toros que se lidiaban y como se lidiaban. Es lo mismo que los que tuvieron juventud alegre y bullanguera, y asisten, ya en plena madurez á un baile de máscaras. ¡La edad no les permite divertirse!

Pues bien, para demostrar á donde llegan exageraciones de aquellos aficionados, relataré un sucedido en cierta reunión taurina.

—¡Que picadores aquellos! ¡Con un solo caballo se picaban toda una corrida!—exclamaba uno de los contertulios. Y á los pocos momentos y al hablar de los toros decía el mismo:

—¡Pues aquellos bichos! Veinte ó veintidós caballos despachaban en la corrida. ¡Había animal que mataba el sólo celo ú ochol!

Y el cronista, al paño, se permitió argumentar:

—¡En estas corridas no picarían con un solo caballo!...

PEPE FAROLAS.

Madrid-Abril-1914.

Advertimos á todos los señores que reciban dos números de este semanario sin haberlo devuelto, serán considerados desde luego como suscriptores.

La corrida de la Prensa

Se celebrará el día 15 de los corrientes con un excelentísimo cartel.

Cochero de Bilbao, Paoc Madrid, Curro, Posadas y el ídolo de Triana, el gran Belmonte, se las entenderán con ocho veragüenos, entre ellos cuatro jaboneros, merced que solo ha otorgado el duque á los chicos de la prensa aunque todas las empress tienen la pretensión de llevarse cuatro descendientes del bravo *Churrengue*.

La entrada general es de 5 pesetas incluyendo todos los impuestos y ocioso es decir que el que ese día no vaya á los toros es porque no sabe apreciar lo bueno.

Pero no vayan á creer los lectores que esta corrida se dará en Ciudad Real, se correrá en la plaza murciana el día 15

como hemos dicho, en esta capital no podía ser, por la sencilla razón de no haber asociación de la Prensa ni arranque para confeccionar un tan superior cartel.

Aquí se acordará todo, siguiendo la costumbre, á última hora, pasando luego por lo que quieran empresarios dispuestos á llorar la *guila* y hacerse pagar á precios exorbitantes lo malo ó sencillamente mediocre.

Ya sabemos hoy muy buenos deseos en los que entienden en estos asuntos pero es necesario también ser oportunos.

Y dicho esto, ya ustedes habrán adivinado, nos referimos á las de feria.

NUESTROS CUENTOS

VIOLETA

I

Yo nunca llegué á saber su nombre. Como todos la llamé Violeta y gusté muchas veces también como todos y tal vez como ninguno de su charla ingenua.

Violeta era una figurina adorable, de esbelto y esbeto cuerpecito. Rubis, muy rubis, tenía en el reflejo aureo de sus rizos la locura delirante del *champagne* y en sus pupilas verdes, fulgurantes, perversas, la potente luminosidad solar al quedar aprisionada en las facetas de regias esmeraldas. Violeta era la doncella de mi novia.

Siempre alegre, ceñido el delantal de peto, blanco y calado primorosamente se cruzaba en mi camino interrogándome con sus hermosos ojos.

Y yo la daba la carta que había de llevar á su señorita, encontrando de esta manera un pretexto para acompañarla.

Coqueta y frívola tenía una sonrisa picarona para mis galanteos y una negativa rotunda, rayana en el desprecio, para cuando la quería hacer que aceptara una propina.

Y esto fué la causa de que yo, un día ofreciera á la doncellita una caja de bombones, otro un ramo de claveles y de chuchería en chuchería llegué á captarme su confianza y á recibir á mi vez alguna que otra flor de las prendidas en su tñido seno, ó la mitad de un caramelo que ella partió con sus dientes iguales y blanquísimos.

II

Un domingo por la tarde, en el reservado de un bar, cuando yo me aventuré á hacerle la revelación de mi cariño, Violeta, poniéndose muy seria me dijo confidencialmente:

—Soy novia en mi pueblo, y me marcho mañana para casarme.

Un gañán de záfira fuerte y grandón, capaz de hacer añicos de un abrazo su figurita inverosímil y frágil como lindísimo *bibelot* de porcelana, era el favorecido con la más picara de todas sus sonrisas. Desdeñosamente lo contemplé en un retrato.

—¡Ah! siento muchísimo que te marches, que te cases, porque esto nos separará por completo y no te volveré á ver.

—Que importa—dijo ella.

—Pero ¿tú me Violeta?

—¿Tú lo quieres, es posible que tú, tan sentimental realices tu ideal con ese gañanuco.

—¡Sí!

Me desconcertó su afirmación y busqué sus ojos, queriendo penetrar el misterio de su alma.

—¿Y es inquebrantable esa resolución de marcharte á tu pueblo y casarte con ese hombre?—Volví á preguntar sin apartar de ella mi vista.

—Lo es—y Violeta desvió de mí sus pupilas difusas, para fijarlas en el dorado *champagne* que burbujaba en las esbeltas copas...

De regreso del bar, en la puerta de su casa, de la casa de mi novia, ella me suplicó que no fuera al día siguiente á la estación y quitándose del pecho un ramo de Violetas me lo dio. En la sombra de sus pestañas me pareció ver titilar dos lágrimas.

—¡Que seas muy dichosa Violeta! Sube la escalera.

—Gracias—Y desapareció en un recordo cantando...

Entonces me acordé que tenía en el bolsillo una carta para mi novia. Me dieron ganas de llamarle. Dejé de cantar y arriba retumbó un portazo.

Rompí la carta y me marché. No se si de tristeza ó de despecho.

ROBERTO ACOSTA M. DE LA SANTA.
Ciudad Real 1-4-914.

DÉCIMA

Á UNA MORONA.

Ví de tus hermosos ojos
Desprenderse una mirada,
Y en tus labios niña amada
Disiparse los enojos.
En tu semblante, sonrejos
Provéjote mi presencia,
Y en tu pecho la impaciencia
Por alguno ví nacer;
Dime, pues ¿quién es el ser
Que te enduza la existencia?

JULIO HERNÁNDEZ.

Crónica teatral

Nuestro teatro.—La empresa y el público. No está aún muy lejana la fecha en que cada uno de nuestros coliseos estaba regentado por empresarios distintos, los que como la empresa que rige ahora los destinos de ambos, abrían de tarde en tarde sus puertas para dar paso á una compañía por un corto número de representaciones y acontecía, y esto la mayoría de las veces que este corto número de funciones no llegaban á celebrarse.

Hay tres causas que justifican á nuestro público de su tenaz resistencia en abstenerse de asistir á nuestros coliseos y por las cuales los culpables de que tal aconteciera eran los empresarios. Ocurriese á lo mejor al del teatro de Cervantes el contrato de una compañía en los meses de estío y al de Verano allá en los meses de Diciembre ó Enero, lo que suponía para el público que asistía un gran sacrificio (pues bien sabido es, que el primero es muy propio para invierno y el segundo para verano), sacrificio que por otra parte resultaba estéril pues cómicos de la legua y compañías formadas en la calle de Sevilla han sido—en esta etapa—las que desfilaron por nuestros escenarios y únicamente allí por ferias y fiestas era cuando desfilaba alguna que solo merecía el calificativo de regular.

¿Precios populares? Nuestro público jamás ha disfrutado de semejante beneficio, beneficio que derecho hubiera leó á parar á la tequilla ó contaduría. Y he aquí, pues, explicado el porqué nuestro público prefirió en verano el paseo del Prado, y en invierno la cálida temperatura del casino.

Hará tres años se constituyó una empresa para la explotación de ambos teatros la que se empezó en un principio en seguir los derroteros que sus antecesoras marcaron, más como aquellos fueron víctimas del «fresco» y según

así, lo hubieran sido de la bancarrota, si hasta hace un año, no se hubieran apartado del camino emprendido.

En un corto espacio de tiempo, por nuestros escenarios han desfilado las dos glorias más puras del arte español: María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza, Carmen Cobena y Federico Olver. Poco después la compañía de D. José Montijano nos da á conocer las últimas producciones de los insignes Benavente y Dicenta «La Maquerida» y «El Lobo».

Esto que desde luego supone grandes esfuerzos, el público ha sabido corresponder llenando el teatro, y dando así una prueba á la empresa de gratitud, á la par que una lección de cuales son sus gustos y amor por todo cuanto sea verdadero arte.

FRANCISCO ESPADAS.

La primera de la temporada

Después de las excelentes procesiones que nos han servido de cofradías, como estaba anunciado, se celebró la novillada con toros de Carrión (D. José) y los diestros Villarillo (en sustitución de Alvaradito y Parraito, ambos de Sevilla).

Con cielo enopitado, aire molesto y un frío insoportable, á las tres y media en punto, aparece en el palco presidencial D. Manuel S. Gijón que es aplaudido.

Hecho el despejo aparece un barrenado en negro *bolinero*, el que huye de su sombra cuando el personal le tantea con el capotillo.

Entre carrera y salto, le banderillean como pueden Soriano y su compañero.

Villarillo azul celeste y oro, echa el discurso y como el *morucho* sigue huído, pasa las de *caín* teniendo en cuenta que ni peones ni él, se acercan al *pájaro*; como la cosa se hace pasada, da una *puñalá*, el público protesta y le dan el primer *aviso*; siguen los toreros sin acercarse y yo oro que se acogen al descanso dominical; segundo *aviso*, llamada á la presidencia, el *Edil* le noifica que le echará el toro al corral, el diestro promete ir al toro, un pinchazo más, y al revolver da una en lo alto que rueda el bovino. (Palmas).

Segundo.—Negro y mágón del derecho.

Parraito, es aplaudido en unos lanceos, el toro se le va y salta, y así lo hace hasta cuatro veces. Cogen los palos Villarillo y Parrao, y éste coloca medio cambiando sin estrecharse, Villarillo uso al cuarteo. (Palmas á la brevedad)

Parrao, azul eléctrico y negro, entre salto y huída del animal, proporciona unos mulatazos preliminares para media que vasts, intenta el descabello y al fin se echa. (Palmas).

Tercero.—Aparece sentado el *Diablo sin cuernos* (ó sea el *Bola*), sale la *res* lo huele, se retira y estalla una ovación.

Es *barrendo* en colorado y una *chota*, varios mantazos de los maestros y un *espontáneo*.

Cambiado el tercio *Villardn* coloca un par de las cortas con las manos atadas, Parrao otro al cuarteo del que sale prendido por el pecho sin consecuencias, terminando el gran Soriano.

En funciones Villarillo, hace *faena artística* para un pinchazo, quedándose la *chota*; una contraria, haciéndolo todo el diestro y descabella á la segunda. (Palmas).

Cuarto.—Negro y con buenas acci-terras.

Unos mantazos de los maestros y Soriano solito para pronto y bien. (Palmas).

Fábrica de Tejas, Ladrillos y Baldosas.

Puerta de Granada

Ciudad Real

Cementos Portland del País y Extranjero. Azulejos blancos y en diferentes dibujos. Ladrillos Refractarios.